

## ¿Por qué nos sentimos atraídos por la Muerte? El nacimiento del Capitalismo Mortuorio

*Maximiliano Korstanje*  
Universidad de Palermo  
Argentina

### Introducción

La idea de un capitalismo del desastre ha sido explorada por Naomi Klein en su libro *The Shock Doctrine*, donde queda claro que los tenedores del capital apelan al terror para disuadir a la masa trabajadora que acepta demandas que van contra su propia consciencia de clase. El capitalismo del desastre, agrega Klein, recicla las propias fallas del aparato producto transformando al desastre en un espectáculo (Klein, 2007). En este mismo sentido, los aportes de Jean Baudrillard son por demás oportunos e interesantes. El filósofo francés sostenía, citando el ejemplo de la película *Minority Report*, una suerte de trabajo futurista de Steven Spielberg, donde la policía logra reducir el crimen por medio de la utilización de los *Precogs*, una suerte de videntes potenciados con cierta tecnología que podían darle un reporte a las autoridades sobre los crímenes futuros. Las aprensiones sobre los criminales se llevaban a cabo antes que el crimen se concrete. Esta alegoría lleva a Baudrillard a suponer que “el espectáculo del desastre” propuesto por los medios comunicativos emulan un sentido de realidad donde el riesgo no tiene entidad en el presente sino como potencial peligro a evitar. Toda la sociedad se estructura sobre este razonamiento movilizandorecursos acordes a pseudo-eventos o amenazas que no se materializan. No obstante, y lejos de la postura de Baudrillard, ese desastre en algún momento toma forma, ya sea por ineficiencia de los gobernantes o por complicidad del mercado. Es necesario adentrarse, llegado el caso, en la complejidad del sistema financiero y del estado, el cual no ayuda a los ciudadanos afectados o víctimas a reconstruir sus vidas y propiedades, sino que los subsume en el mundo del crédito financiero (Baudrillard 1992; 1993; 1994). En efecto, hemos sugerido en otro trabajo llevado a cabo sobre las inundaciones de La Plata, Argentina, los estados en el mundo capitalista producen un sistema de dependencia por medio del cual la víctima queda atada al sistema financiero, atrapado entre el desastre y el crédito. Como resultado, el estado no solo desdibuja su responsabilidad en la configuración de una

ciudad segura, sino que además refuerza la dominación del sistema capitalista sobre la fuerza laboral. Aquello que el deseo de consumo no puede lograr, lo hace el desastre (Korstanje 2014).

### **¿Porque nos es placentero el sufrimiento del otro?**

En esta sección vamos a discutir en profundidad el último libro de Rodanthi Tzanelli donde la académica explora el rol que tiene el turismo oscuro, o Thana-Tourism, dentro del capitalismo moderno. Por medio de la articulación de diversas alegorías, el cine se ha transformado en un mecanismo de disciplinamiento que forja consciencia sobre la masa trabajadora, modela sus esperanzas y refuerza sus temores. Se ha observado -en forma reciente- una extraña fascinación por visitar espacios de desastre o lugares donde se hayan llevado a cabo genocidios o muertes masivas que han producido un gran trauma para la comunidad. Estos lugares se los conoce como “destinos de turismo oscuro”, turismo catástrofe, o Thana-Tourism entre otros tantos nombres. Tzanelli reconoce que la atracción de estos espacios se encuentra determinada por el poder discursivo y alegórico del cine y de los artistas quienes trabajan en esta industria. La imagen de estos destinos se conforma en primera instancia desde la pantalla del cine que apela a las historias de las víctimas pero que, lejos de ser objetivas encierran un mensaje estandarizado. Por medio de la estética del Turismo Oscuro (Dark-Tourism), se puede obtener una destrucción creativa que recicle los efectos indeseados del desastre en un producto consumible y orientado a una demanda internacional. A la vez que un desastre o evento catastrófico destruye una comunidad, se sienta las bases para la producción de una nueva alegoría que con el tiempo se transformará en un destino turístico. Lo mismo se aplica a la pobreza extrema (slum-tourism) o visitas a favelas, ranchadas o villas miserias situadas en diversas partes de América del Sur, Sudáfrica, la India etc. Los siglos XIX y XX fueron el centro de operaciones de diversas potencias europeas las cuales decidieron intervenir políticamente en forma directa en diversos países periféricos y, al hacerlo, expandieron una lógica de la explotación que dio como resultado la modernidad, la movilidad y el turismo. Europa no asume sus responsabilidades dentro del proceso de colonización y hoy sus ciudadanos deben sublimar la carga de pertenecer a estados que han violado una

gran cantidad de derechos humanos, no solo vulnerando a poblaciones más débiles sino cometiendo hechos aberrantes como Bélgica en el Congo. Para ello, las industrias culturales como el cine o el turismo oscuro, lejos de provocar una toma de consciencia colectiva, reproducen los mismos prejuicios y dispositivos de control que dieron origen al orden colonial en la postmodernidad. Los romances entre mujeres blancas y nativos que apasionaban a los lectores en el siglo XIX han dado lugar a historias de monstruos, zombies apocalípticos que amenazan la paz mundial. Estas verdaderas alegorías a la muerte ficcionalizan y verbalizan el peligro que representa el inmigrante al orden capitalista restrictivo (Tzanelli 2016). Este nuevo segmento de consumidores parece tener a la muerte como su principal criterio de diversión, de distención. En parte eso sucede porque los sustentos del capitalismo del riesgo tal y cual como fueron imaginados por Beck han desaparecido para dar lugar a una nueva forma reificada de capitalismo.

En tal contexto, es importante no perder de vista que el turismo oscuro ofrece un panorama ideal que ayuda al capitalismo a traficar con el dolor humano, hasta el punto de transformarlo en un bien el cual puede ser vendido, comprado e intercambiado en un mercado donde se encuentran oferentes y demandantes. Su discusión no solo se inserta en lo que en otro trabajo (Korstanje, 2015) hemos llamado “Thana-Capitalismo” o “Capitalismo Mortuorio”, en donde la muerte de otros se hace criterio necesario para sentir la propia superioridad (narcisismo), sino que ofrece una mirada crítica a las nuevas formas en que el capitalismo construye identidades y subjetividades en el mundo globalizado. Hemos inferido la fascinación por el desastre subyace en la teoría que lleva el nombre de “Paradoja del Sobreviviente”. Todo sobreviviente está puesto en una situación que él no ha decidido. Por ende, la pérdida de seres queridos o la gran destrucción a su alrededor genera un gran trauma. Este estado de shock (colectivo) debe ser superado para que la comunidad pueda restablecerse. El sobreviviente observa que a pesar de todo, él ha sido tocado por los dioses, su vida no solo ha sido perdonada sino que se le confiere una misión que en la mayoría de los casos tiene que ver con la venganza o con el recuerdo. El sujeto cree que posee características extraordinarias como fortaleza, virtud, moral e inteligencia que lo distinguen de otras personas que no han tenido la misma suerte. Esta forma de pensar en una primera instancia es necesaria

para establecer el proceso de resiliencia pero, si persiste en el tiempo, lleva a actitudes etno-céntricas, narcisistas y sesgadas del principio de realidad. En una combinación de narcisismo y victimización, el sujeto se aísla de sus vecinos pues se siente superior hasta el punto de creerse con el derecho de relacionarse con otros que como él son distintos. El turismo dark no solo fomenta este tipo de sentimientos pues demuestra a los visitantes cuán ejemplares y especiales son, sino que ha provocado la creciente desorganización de lazos sociales en lo que hemos llamado “thana-capitalism” o capitalismo mortuorio. Si el capitalismo descrito por Beck enfatizaba en la protección como elemento mediador del estado con sus ciudadanos, en la actualidad ese lugar lo ha ocupado la muerte. Noticieros, *realities* y películas apelan a la muerte como su principal elemento configurador. En el Capitalismo mortuorio la vida es vista como una carrera donde solo uno será el ganador. La muerte de los otros me recuerda cuán especial soy pues a pesar de todo sigo en competencia. Este tipo de mensajes es el que une al turismo oscuro con otros sub-segmentos como la visita a villas de emergencia, ranchado, favelas o espacios de desastre. Pensar de esta forma puede ser gratificante, pero genera un aumento en los canales de incertidumbre pues los lazos sociales se deshacen. Lejos de lo que piensan algunos analistas sociales, el turismo, como en épocas anteriores, continúa siendo un termómetro o indicador válido para comprender cómo funciona la sociedad. En la medida en que las prácticas turísticas mutan, también lo hacen otras instituciones de la sociedad. El concepto mismo de belleza y de atracción turística está cambiando a pasos agigantados y eso, como lo hace Tzanelli, tiene que llevar consigo a cuestionamientos epistemológicos profundos sobre un nuevo capitalismo.

En la sociedad del riesgo imaginada por Beck (1992) y Giddens (1991; 1999) los sistemas de producción son descentralizados, en parte como resultado del proceso de reflexividad que da origen a formas donde el lego tiene acceso a información que en épocas anteriores eran exclusivas de los expertos. No obstante, a diferencia del Thana-Capitalism, o Capitalismo Mortuorio, en esta fase todavía se consideraba vigente al paradigma precautorio. Los estados nacionales o el mercado tenían funciones para proteger a los ciudadanos de riesgos que a cambio de un pago de capital podían ser absorbidos con el fin de darles confianza a los agentes del sistema, y que de esa manera la sociedad pudiera seguir funcionando. La ciencia y los expertos tenían un rol

importante en esta sociedad pues eran quienes estaban legalmente facultados para identificar las amenazas, y aplicar los programas de disciplinamiento para hacer esos peligros controlables. Por el contrario, el epicentro simbólico del Capitalismo Mortuorio comienza con el 11 de septiembre de 2001. En este evento, Estados Unidos reconoce que, a pesar de su superioridad económica y militar sobre el mundo conocido, no puede evitar que un grupo de personas atente contra su centro ejemplar empleando lo que hasta entonces eran los baluartes de su civilización, la aviación civil y el turismo moderno. Como el terremoto de Lisboa sacudió la hegemonía de la Iglesia Católica en 1755, el 9/11 sentó las bases para una nueva era donde nadie más se sentiría seguro en ninguna parte del planeta. A ello se le suma una economía volátil que luego de 2008 ha demostrado consecuencias imprevisibles. Si la sociedad del riesgo es horizontal, esta sociedad es caótica y puramente darwinista, donde los agentes entran en competencia unos contra otros en forma indiscriminada. En estos estados y en una sociedad que se rehúsa a morir, la muerte sirve como una alegoría de distinción que marca una línea divisoria entre los salvados y los condenados. La vida es retratada en el imaginario como una gran carrera, provista de millones de participantes. Sólo unos pocos serán aquellos que por su virtud y/o fortaleza llegan a la meta, demostrando ser parte de los elegidos, los más fuertes. Quienes caigan no solo evidenciarán su debilidad, sino que serán olvidados para siempre. La necesidad de exponerse al sufrimiento de otros tiene que ver con la idea de vivir por medio de la muerte de otros. La caída de ese otro en competencia no solo refuerza mi auto-estima, sino que provee de una inmensa alegría pues demuestra que a pesar de todo sigo en carrera. Desde los noticieros, los periódicos, los reportes de criminales, los realities o el cine, la sociedad se encuentra bombardeada por historias, contenidos visuales o discursivos que hacen de la muerte de otros el principal criterio de pertenencia.

### **El Capitalismo Mortuorio (Thana-Capitalism).**

En toda coyuntura de desastre, la autoridad de los gobernantes es puesta en cuestionamiento, en ocasiones severo, por parte de una ciudadanía que se considera desprotegida. Cuando el desastre es total, el estado y el mercado estimulan el deseo de consumo como un instrumento regulador del potencial conflicto que pudiese suscitarse.

Para que ese deseo pueda concretarse es vital que se introduzca un segundo elemento, la necesidad de reconstrucción. En realidad, las sociedades desarrollan lo que los expertos llaman “procesos de resiliencia”, los cuales no son otra cosa que mecanismos de aprendizaje que ayudan a subsanar el dolor de la pérdida y que fortalecen al grupo frente a la adversidad. La víctima de un desastre natural o provocado por el hombre no ha elegido su destino, si se le diera a elegir de hecho evitaría lo trágico del devenir que le toca vivir. Empero, la pérdida y el dolor que siente lo pone en una condición de exclusividad respecto a quienes no han tenido la misma suerte. No solo el destino (sagrado) lo ha tocado, sino que, a pesar de toda la destrucción a su alrededor, él o ella han podido sobrevivir. Esta creencia lleva al sobreviviente a desarrollar una “idea de superioridad” respecto al mundo que es en parte natural. La víctima cree o siente que gracias a su fortaleza física, mental o espiritual ha podido sobreponerse a la tragedia, y que en calidad de sobreviviente tiene una misión encargada por quienes han muerto, evitar que el evento se suceda. Es por ese motivo que no es extraño observar, en contextos de desastres, a que los sobrevivientes formen ONG ya sea con el objetivo de reorganizar la reconstrucción de los hogares o de emprender una lucha contra quienes se consideran culpables del evento. Desde el momento en que esta forma de razonar no puede retornar a un cauce normal, la víctima entra en una neurosis narcisista que le hace sentirse “único, superior, excepcional” y que sólo puede acceder a sus objetivos por el sufrimiento. En tal caso, el sistema capitalista parece apelar a la construcción de un discurso narcisista derivado del desastre, que inevitablemente lleva consigo las tintas de la “victimización”. Ahora bien, todo proceso de quiebre como éste entre normalidad y extra-normalidad sugiere que el lazo social con el otro se debilite. Cuando nos creemos excepcionales por virtudes internas o por haber sobrevivido a un episodio traumático, lo que hacemos es romper con otros que no han vivido igual condición, que no son ‘merecedores de’. En un contexto de turbulencias, la imposición de desastres es funcional a un quiebre que lleva a un debilitamiento sustancial de la confianza social. A ello se le suma un segundo problema que, derivado al primero, deja que el poder político permita tematizar las razones del desastre. En los últimos años, diversos lugares que fueron sacudidos por desastres, se han transformado en espacios de ocio, lugares de turismo y/o monumentos que atraen anualmente a miles de visitantes. Ejemplos de ello

puede ser el ground-zero, Nueva Orleans post Katrina, etc. La muerte masiva parece causar una importante atracción en la audiencia que intenta comprender las razones del desastre. Para algunos estudiosos esta tendencia sería parte del mecanismo de resiliencia de la sociedad y/o una manera de disciplinar “la muerte” (Sather-Wagstaff 2011). Como sea el caso, se da una inversión de capital privado sustentado por una decisión que es política y que, en la mayoría de los casos, lejos está de hacer una autocrítica por lo sucedido. Visitando el Ground-Zero de NY o el museo del Holocausto, ¿podemos comprender eventos que por su complejidad nos llevarían a devorar cientos de libros y artículos especializados? La respuesta es: no. De esta afirmación se desprende, como hemos demostrado a propósito del show mediático *Chile ayuda a Chile*, el poder político y económico emplea monumentos, museos y construcciones alegóricas de todo tipo para que la sociedad recuerde un mensaje, y su contenido contiene una visión sesgada de por qué han sucedido los eventos que conmueven a esa sociedad. La paradoja radica en que, a medida que la comunidad sabe lo importante que es evitar la tragedia nuevamente, al sumirse en una historia falsa, existen altas probabilidades que vuelva a repetirse (Korstanje 2014). Esta repetición de eventos trágicos moldea la cultura capitalista y subordinan los medios de producción en dos ejes simbólicos bien definidos, distintos pero complementarios, *el deseo de ser diferente y la necesidad de protección*.

Por último y no por ello menos importante, nos hemos ocupado de quienes atraviesan por situaciones traumáticas, pero no hemos podido detenernos en esta suerte de audiencia que apetece consumir un espectáculo donde el desastre es el principal protagonista. Como ya hemos discutido, el capitalismo no funciona en sí por la explotación extendida sobre la fuerza laboral, sino en la aceptación gustosa de esta última en razón de una competencia total que no permite una consciencia de clase. En perspectiva, como bien se planteaba George H Mead hace unas décadas, las ciencias sociales deben prestar atención al fenómeno que se da entre una audiencia y los medios de comunicación. Los ciudadanos que se encuentran día a día más interesados en consumir noticias asociadas al crimen no pueden dejar de quejarse de la situación. La paradoja radica en que más allá de lo que el estado haga, seguirán consumiendo este tipo de noticias. La explicación de esta problemática consiste en que el Self se encuentra

ligado a otros, y toda amenaza que afecta a otro que no soy yo, confiere un tipo de preocupación, pero a la vez de alivio (Mead, 1967). Esta tendencia observada ya por Mead, lejos de ser natural, es un signo de cómo funciona el capitalismo moderno y la afinidad que mantiene interesadas al público por el desastre. La visita a monumentos de desastres o catástrofes puede llevar consigo una impronta si se quiere educativa, empero en el fondo, el visitante intenta reforzar su sentimiento de superioridad respecto a un “otro que ha muerto. En las sociedades seculares donde el más allá es una imposibilidad, morir es el peor de los fracasos. El clima de competencia total promovido por el capitalismo darwinista explica las desigualdades económicas vigentes en donde pocos tienen mucho y el resto muy poco, por medio del progreso. Ser exitoso implica no solo adaptarse al riesgo y al cambio, sino además progresar. En este sentido, el pobre es visto como un “ser indigno” que en razón de tal ha perecido en la lucha por la supervivencia del más fuerte. Ideológicamente, comprendemos la vida como un gran juego o como una gran carrera donde la “caída del otro” nos alegra por la sencilla razón que nos recuerda cuán especiales somos, y que a pesar de los peligros seguimos en carrera hacia el premio mayor, la vida eterna.

### **Conclusión**

A diferencia del capitalismo del riesgo donde el conocimiento reflexivo, el poder de disciplina que controla al riesgo y el estado nacional convergían como actores centrales, en el capitalismo mortuorio ese papel lo ocupa la muerte. Claro que la civilización occidental se encuentra desde sus orígenes particularmente influenciada por la muerte. Esta forma de morir debe tener como condimento esencial el tema de la crueldad. Canales de televisión, programas, realidades e incluso novelas retratan la muerte (cruel) de otros como principal valor discursivo de una nueva clase de sociedad, *el capitalismo mortuorio*. Secular por naturaleza, la sociedad que no cree en la vida luego de la muerte, ha hecho de esta última una forma de control sobre el resto. La vida, entonces, es vista como una gran competencia donde pocos se levantan victoriosos sobre el resto. Esta forma ideológica legitima las asimetrías producidas por el aparato económico donde pocos tienen mucho, y muchos mueren con poco. En películas como *Hunger Games*, o *realities* como *Big Brother*, observamos que muchos participantes



entran en competencia feroz con otros que como ellos subestiman las habilidades de los rivales, sobreestimando las propias. Esta suerte de narcisismo no solo rompe con la capacidad de cooperación, sino que da a los participantes probabilidades erróneas sobre su futuro. Porque desconocen o prejuzgan sus posibilidades, los participantes entran en una competencia donde tarde o temprano caerán. La muerte de ese otro no solo da falsas oportunidades al competidor sino alimenta su narcisismo. La muerte de los demás como los espectáculos sobre desastres nos dicen al oído que somos especiales pues a pesar de todos, los Dioses han sido benevolentes con nosotros, somos sobrevivientes en un escenario darwinista donde el hombre hoy más que nunca es el lobo del hombre.

© Maximiliano Korstanje

## Referencias

- Baudrillard, Jean. *Crítica de la economía política del signo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1982.
- . *Cultura y simulacro*. Buenos Aires: Editorial Kairós, 1993.
- . "Simulacra." *Ann Arbor*: University of Michigan Press, 1994
- Beck, Ulrich. *Risk society: Towards a new modernity*. Vol. 17. London: Sage, 1992
- Giddens, Anthony. *Modernity and self-identity: Self and society in the late modern age*. Stanford: Stanford University Press, 1991.
- . (1999) "Risk and responsibility." *The modern law review* V 62 (2007): 1-10.
- Klein, Naomi. *The shock doctrine: The rise of disaster capitalism*. New York: Macmillan, 2007
- Korstanke, Maximiliano E. "Que se vayan todos que no quede ni uno solo. Interpretación de las tragedias de Buenos Aires y La Plata, 2013." *Encrucijadas-Revista Crítica de Ciencias Sociales* V. 6 (2013): 150-169
- . "Chile helps Chile: exploring the effects of earthquake Chile 2010." *International Journal of Disaster Resilience in the Built Environment* V. 5.4 (2014): 380-390..
- Mead, George Herbert, *Mind, Self & Society from the Stand-point of a Social Behaviorist [by] George H. Mead; Edited, with Introd., by Charles W. Morris*. Chicago: University of Chicago Press, 1967
- Sather-Wagstaff, Joy. *Heritage that hurts: Tourists in the memoryscapes of September 11*. Vol. 4. Walnut Creek: Left Coast Press, 2011.
- Tzanelli Rodanthi. *Thanatourism and Representations of Risk*. Abingdon: Routledge, 2016